

Conejitos de la India



El detective Dadini movió la cabeza para un lado y para el otro, mientras contemplaba el código LL 33, escrito en finas letras negras, sobre el techo blanco. - *Habrá que seguir buscando...* - le dijo muy sereno a su ayudante Asaax, tratando de ocultar su desorientación, como queriendo negar que por primera vez en su carrera, se sentía perdido. Asaax lo miró con reprimida bronca y como si buscarse en vano, encontrar una excusa y así, poder marcharse. Había pasado demasiado tiempo trabajando con ahínco, en la escena del hecho. El investigador lanzó una última mirada a la enigmática inscripción y luego, caminó hasta una de las bandejas que había quedado sobre una mesa, donde se llevó a la boca un solitario canapé. Estaba delicioso, parecía decir el gesto de su boca, succionando el dedo embadurnado con el resto del manjar. Y caminó con rumbo a la salida del Hospital.

Afuera, en el pasillo, tres jóvenes enfermeras permanecían en silencio. El Director del Hospital y el Jefe de la Guardia Médica, hablaban con un tercer hombre, de aspecto misterioso y llamativo, con acento extranjero. Varios camilleros trasladaban a todas las enfermas, desde esa ala del pabellón de Clínica Médica a otros servicios, donde la entrada y salida de personas, podía controlarse. Policías uniformados y de los otros, se multiplicaban por todas partes. Agitación, angustia y miedo. ¿Existía un ángel de la muerte, suelto por el hospital...? La noticia no tardó en aparecer en los medios. El enjambre de periodistas incrementaba el escándalo.

Todos, sospechaban de todos. La larga lista de inexplicables muertes que se presentaban en mujeres ancianas internadas, saltaba finalmente a la luz. Durante mucho tiempo, a pesar de las sospechas, se mantuvo todo oculto. Nadie se había atrevido a denunciar, a nadie. La mayoría del personal quería tapar lo terrible, mirar hacia otra parte. Nadie quería hablar del tema, esclarecerlo. Y eso, quizá era lo más grave. Pero hoy, a pesar de los esfuerzos de las autoridades, todo había trascendido. Una denuncia anónima, desencadenó las culpas, devenidas de aquel silencio cómplice que se mantuvo durante tanto tiempo.

La supervisora de enfermeras Irma Sánchez, ingreso apresurada al pasillo y denotando en su rostro, que algo muy grave ocurría. Fue derecho al director y algo sorprendente les comunico, pues hizo saltar en su lugar a todos. Un segundo después, corrían camino hacia la guardia. El detective investigador, el que ingirió el canapé, se decía que había muerto.

Un estampido seco e intenso, retumbó en la guardia de emergencias, estremeciéndonos a todos. Era la puerta principal, que se cerró de golpe impulsada por el fuerte viento, que preanunciaba una tormenta.

- *Creo que estoy durmiendo demasiado poco...* - decía en un tono débil, el investigador al cual todos creían muerto, mientras se agarraba la cabeza e intentaba sentarse en la camilla. - *Pero yo no dije que estuviere muerto...* - intentaba defenderse un joven médico de la Guardia, mientras todos le daban la espalda y las sonrisas burlonas de los otros

profesionales, daban por concluido el episodio. Una enfermera rubia de cabellos recogidos, de ojos celestes, pintados en azul como su uniforme, se encargaba solícita de consolarlo al contrariado galeno.

La supervisora Irma protestaba a los gritos, con su rostro enrojecido - *Me tienen cansada. Están todos locos. Este hospital se lleno de delirantes, que ven asesinos y culpables por todas partes... esto tiene que terminar.*

Ante semejante escándalo, Dadini - el investigador - comprendió que no podía retirarse. Buscó a su ayudante Asaax y este, hacia rato que se había marchado. Regreso solo a la Sala de Clínica y busco entre los cestos de basura. Descubrió siete ampollas de morfina. Ayudado por el Director y el Jefe de Guardia, revisaron las indicaciones médicas de todas las enfermas internadas y solo una, tenía indicada media ampolla de morfina cada doce horas. ¿Por qué las otras seis ampollas? ¿Quién las utilizó?

En las semanas siguientes, el análisis de las muertes inexplicables, mostró que se habían producido prioritariamente en el turno de una de las enfermeras y en el sector, atendido casi exclusivamente por ella. Algunos médicos aportaban informaciones útiles, como el cardiólogo, diciendo que eran inexplicables y sorprendentes muchas cosas que había observado. En un estudio ambulatorio de electrocardiograma, que se le había realizado a una de las enfermas que luego falleció, su registro "venía bien en el ritmo cardiaco y luego, de golpe, se paro". Eso hablaba a las claras de "una mano negra". Demasiadas dudas, demasiadas muertes inesperadas para médicos de muchísima experiencia.

La autopsia de la última mujer fallecida, demostró que tenía una concentración elevadísima de morfina en su sangre, suficiente para matarla dos veces. Su globo ocular, también evidenció que momentos antes de morir, había estado expuesta a niveles altísimos de potasio en sangre. El análisis de sus cabellos demostró de plano, que nunca antes había consumido morfina.

Armado de ganchos y sin autorización judicial, el detective se introdujo en el armario de la única enfermera sospechosa, cuando ella estaba ausente del nosocomio. No encontró nada significativo, salvo un cuaderno con apuntes de una clase de enfermería, en cuya contratapa figuraba la inscripción LL33 y el dibujo a mano, de un cuchillo ensangrentado... En otra hoja, figuraba una inscripción garabateada: "especialista en bioética y obiatría". Dadini sintió que su corazón le palpitaba y que la adrenalina, fluía a borbotones en su sangre... pero ningún Juez consideraría suficientes a esas pruebas.

La historia de esa enfermera, de no más de treinta años, mostraba que diez años antes, su madre había muerto víctima de un cáncer, entre dolores y sedantes. Dos sanatorios en los que trabajó, la habían dejado cesante, aunque nada se conocía respecto de las verdaderas causas. Se rumoreaba que había sido atendida por varios psiquiatras ¿Era ella el ángel de la muerte que revoloteaba entre las camas del hospital? Todo era muy confuso, lleno de dudas, angustias y sospechas, como navegar perdido y sin timón en un mar de ineficiencias

Dadini logro finalmente convencer al Juez y este, le permitió interrogarla a la enfermera. Una mañana gris de otoño, la tuvo - por fin - sentada en la comisaría. Dijo ser nacida en

Tucumán y separada. Que tenía tres hijos internados en un colegio de monjas y varias cosas más... y todas las cosas que ella refería, hablaban de un pasado triste y turbulento.

- *Lo sabemos todo...* - le largó Dadini en su cara, sin mayor esperanza que esa estrategia le diese resultado... Pero no había evidencias suficientes para acusarla de nada y todo, parecía conducir al fracaso de la investigación.

- *¿Y por qué no me dejan actuar, entonces...?* - respondió impávida, como si fuese la cosa más natural del mundo, sorprendiendo a todos, con esa espontánea e inesperada confesión - *Lo que yo hago es muy bueno. Mi ética es impecable. Hasta las paredes del hospital son testigos de que esas viejas, murieron con dignidad...*

- *¿Pero que derecho tenía usted de controlarle la vida a los demás?* - dijo una Sargento femenina, con evidente indignación.

- *Yo soy una persona respetable...* - respondió ofendida. Mientras un agente le colocaba las esposas alrededor de las muñecas con un sonoro clack, Dadini le preguntó: - *¿Y por qué LL33 en las paredes...?*

- *LL por "La Luz" de Cristo... y treinta y tres por su edad, al morir. ¡Nadie tiene derecho a vivir más que el propio Dios!* - respondió irguiéndose en su silla, mientras Asaax, que observaba semioculto desde un rincón, tragaba saliva. Hacía muy poco, que el ayudante había cumplido treinta y cuatro.

Dadini obtuvo un merecido ascenso. Cuando el Director del nosocomio se enteró de la exitosa confesión, soltó un largo suspiro y se sonrió satisfecho. Gracias al misterioso hombre con acento extranjero, se había logrado sembrar excelentes pistas falsas. No había resultado demasiado difícil hacerle creer a la enfermera loca, que ella misma era la culpable de todas las muertes. Las sesiones de persuasión repetitivas y de lavado de cerebro, fueron muy efectivas. El Director del hospital, en secreto, podía ahora continuar con sus experimentos en gente muy anciana...

Fin
Fin